

MICHAEL
CRANE

La secta de
LÓZARO

algaida
INTEI

Título original: *La setta di Lazzaro*, de Michael Crane

Este libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent, S.L.,
Barcelona – www.uklitag.com

Con respecto a las mágicas historias de la India, el libro es deudor del espléndido
Gods, Demons and Others, de R. K. Narayan.

Primera edición: 2014

© 2006 Edizione Piemme SpA by Edizioni Piemme s.p.A., Milano

www.edizpiemme.it

© de la traducción: Pablo Manzano, 2014

© Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9067-100-9

Depósito legal: Se. 1200-2014

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo.....	11
1.....	15
2.....	33
3.....	41
4.....	47
5.....	53
6.....	69
7.....	85
8.....	101
9.....	117
10.....	127
11.....	131
12.....	151
13.....	163
14.....	173
15.....	187
16.....	197
17.....	221
18.....	227
19.....	237
20.....	251
21.....	263
22.....	269
23.....	275
24.....	291

25	299
26	317
27	333
28	339
29	345
30	367
31	379
32	385
33	403
34	409
35	419
36	433
37	457
38	467
Epílogo	471
Nota histórica.....	477

*El muerto salió; llevaba los pies y las
manos atados con vendas y la cara
envuelta en un sudario.*

(Jn 11, 44)

*Un gran número de judíos... fueron,
no solo por Jesús, sino también para
ver a Lázaro, a quien había resucitado.
Los sumos sacerdotes decidieron matar
también a Lázaro, porque muchos
judíos iban a verlo y creían en Jesús.*

(Jn 12, 9-11)

PRÓLOGO

—**E**STÁ MUERTO, ¿LO ENTIENDES? ¡MUERTO! ¡NO puedes hacer nada por él!
Natán gritaba. La obstinación del otro lo sacaba de sus casillas.

—¡No, eres tú quien no lo entiende! —Lázaro empujó al amigo con ira—. Él está muerto... ¿y qué? ¡Mírame! ¿Acaso yo no estoy vivo? ¡Dilo!

—Estás vivo —admitió Natán—, y por eso quisieron matarte: muchos lo seguían porque creían que te había resucitado...

—Por eso, el hecho de que esté muerto no significa nada, ¡nada!

El otro callaba, confuso y turbado. La mirada baja.

Lázaro lo miraba. Habría querido traspasarlo con la mirada para ver qué agitaba su ánimo, qué escondían sus palabras. Después, cayó en la cuenta. Abrió la boca por la sorpresa y la cerró con urgencia:

—¿O... tú no crees que me trajera de la muerte a la vida?

El otro no quería mirarlo a los ojos. Jadeaba.

Lázaro lo cogió por los hombros y lo sacudió.

—¡Habla! ¡Tú estabas allí! Lo viste todo. Por lo que recuerdo, yo podría haber estado dormido también, pero tú estabas allí. Llevaba sepultado cuatro días, ¿no?

Natán callaba. Asentía con la cabeza, pero no conseguía decir nada.

—Tú también participaste en la fiesta, bailaste, lloraste, me abrazaste... ¿qué significa eso? ¿Mentiste? ¿Te dejaste engañar? ¡Habla!

—Sí, estuve allí. Tú estabas muerto, dijeron. Tus hermanas lloraban. Todos estaban desconsolados. Y tú estabas sepultado... desde hacía varios días.

—¿Y entonces?

Pero Natán se sustrajo al ímpetu de aquellas preguntas. Levantó la mirada; por un instante, sus ojos se encontraron. Lázaro leyó en ellos miedo, duda y rebelión:

—¡Y ahora Él está muerto! En la cruz. Lo han visto todos. ¿Quién lo salvará? ¿Tú? Si de verdad él te resucitó, quiere decir que no ha querido utilizar su poder para sí... si lo tenía de verdad... ¡eso es todo!

Lázaro se apartó del amigo. Volvió la espalda, se puso a mirar afuera, hacia la lejanía, entre las cuatro casas de la aldea de Betania. Una luz intensa inundaba la calle. Entrecerró los párpados: también cuando salió del sepulcro le había costado, más que nada, volver a habituarse a la luz.

De repente, pasó un camellero, con pocas mercancías sobre el animal. Iba solo, miraba alrededor.

Raro. Insólita la hora, insólita aquella soledad en la carretera hacia Jerusalén.

Natán volvió a hablar. En su voz, una desolada resignación.

—¿Ves al hombre que está pasando? —dijo.

—Sí, lo veo —respondió el amigo de Jesús.

—Es un espía. Uno de los hombres que te vigilan día y noche. Tienen orden de matarte inmediatamente si intentas ir hacia la ciudad... hacia la tumba del maestro. No lo han hecho ya porque la gente cree en el milagro que te ha dado la vida y se escandalizaría de la muerte de un inocente. A Jesús, en cambio, han conseguido hacerlo pasar por culpable...

Un breve silencio. Natán concluyó:

—Después pasará todo. Cuando lo hayamos olvidado a él, todos te olvidarán también a ti.

Lázaro escuchaba. Reflexionaba.

No era una mentira, un escrúpulo, una sospecha exagerada.

Era cierto.

Jesús había muerto, condenado por crímenes infames. Él era el amigo salvado de la muerte.

Muchos pensaban, ciertamente, que el resucitado habría podido realizar, a su vez, aquella magia.

Se volvió.

La pregunta estaba escrita en la mirada de Natán. Quién sabe cuántos se la repetirían en aquellas horas. Y, por eso, prudentes, los enemigos del Nazareno habían decidido, ciertamente, tomar medidas.

Se miraron de nuevo. Natán balbuceó:

—Tú... podrías verdaderamente...

Lázaro sostuvo un largo momento aquella mirada. Después, se movió decidido. Tomó su bastón. Se preparó para salir.

—¿Adónde vas? —preguntó el amigo, alarmado.

Lázaro, el resucitado, se detuvo en el umbral. La luz del exterior inundó la estancia. Ahora era Natán quien entrecerraba los ojos.

—Voy adonde todo comenzó —respondió con voz firme—. Debo huir, ¿no? Si quieres, puedes seguirme.

Natán no preguntó. Ya habría tiempo.

Salieron juntos.

Unos ojos atentos escrutaron la plaza. Unas manos fuertes agarraron los mangos de los cuchillos. Los dos se pusieron en marcha, pero no hacia la Ciudad Santa.

Caía la tarde. El sol se ponía a sus espaldas cuando se alejaban hacia el desierto, haciendo que sus propias huellas se perdieran.

DURANTE TODA LA TARDE, DOS FRAILES DOMINICOS estuvieron mirando atentamente el portón de la cárcel de Tor di Nona. En Roma, el mes de febrero era templado; se anunciaba la primavera del año del Señor de 1600.

El tendero, que los había visto irrumpir en la casa inmediatamente después del toque de mediodía, no había hecho preguntas cuando le dijeron que eran dos agentes del tribunal encargado de vigilar los alrededores del palacio. Ninguno de los religiosos que había hecho su entrada en el triste edificio había escapado a su mirada.

Fue una auténtica procesión: una u otra de las poderosas familias consagradas que tenían casas en la ciudad quería poder enorgullecerse de haber llevado al arrepentimiento al célebre hereje ahora condenado.

Tommaso Grozio, el más robusto de los dos, ya imaginaba la edificante predicación que un hospitalario o un jesuita habría querido hacer en los días sucesivos, antes de que se extinguiese el interés popular por aquel largo proceso y por la hoguera: «¡Gracias a nosotros, aquel gran doctor de muerte,

aquel célebre blasfemo contra la Trinidad, el negador de la divinidad de Cristo, ha muerto en gracia de Dios, recibiendo su pena en el fuego, en expiación de sus pecados!».

Al pensar en tanta complacencia sentía cómo la rabia ascendía por su interior, incontenible.

La voz de Nicola Pisani, su compañero, lo distrajo de aquellos pensamientos.

—¿Pero cuántos son? —preguntó el amigo.

—He contado siete, de cuatro órdenes distintas...

—Cada uno está con él una hora, por lo menos. ¿No vendrán durante toda la noche?

—No, la oscuridad está reservada a la reflexión. Cuando dejen de llegar, nos presentaremos nosotros. Mañana, al alba, vendrán otros, hasta el último minuto útil.

Nicola asintió. Nunca había asistido a la ejecución de un hereje. Era Tommaso quien se encargaba de las cosas del mundo. Conocía el gusto de la disputa, la controversia y, si era necesario, la violencia. Él amaba sus libros y, en el secreto de la noche, sus pociones, sus alambiques. En el largo silencio que siguió, volvió a pensar en la discusión que habían tenido aquella mañana y reanudó el penoso discurso:

—Perdóname, pero... ¿estás seguro de que un veneno no sería la solución más justa?

Tommaso lo miró y captó en los ojos negros del amigo la espontánea bondad que no conseguía encontrar con tanta facilidad en sí mismo. Con paciencia, le replicó:

—Lo tienes aquí contigo, ¿no?

Nicola bajó la mirada, tímidamente, y sacó del amplio hábito un frasquito oscuro. Se lo enseñó al otro y osó insistir:

—Sufrirá menos, lo sabes. Me has dicho que, como hereje impenitente, no lo estrangularán antes de que las llamas lo alcancen y laceren sus carnes...

Tommaso hizo un gesto de impaciencia y trató de volverle la espalda. Pero Nicola lo agarró por la manga y continuó:

—¡No! Déjame acabar. No es solo por esto. Pienso también que aquellas hienas no deben tener la satisfacción de verlo morir así. ¡Lo quemarán igual, pero él ya será libre!

El otro se limitó a mirar a los ojos al amigo alquimista.

—¿De verdad quieres matar a Giordano Bruno, el hombre que nos ha revelado la infinidad del universo, privándolo de su último acto de valor frente al mundo ignorante que lo odia?

Nicola pareció confuso. Aquellos argumentos le hacían perder de repente toda determinación. Pero Tommaso había reflexionado e, inesperadamente, concluyó:

—Escucha, haremos esto. Tú lleva el veneno, él decidirá qué hacer. *Él* decidirá, ¿entiendes?

Nicola asintió con decisión. Se abría una mínima posibilidad para su conciencia turbada: no se habría perdonado para el resto de su vida no haber hecho algo contra aquel horror.

El sol ya se había puesto cuando un trío de franciscanos desconsolados abandonó la prisión.

Esperaron aún unos minutos, que parecieron una hora. Después, los dos amigos se movieron. Atravesaron la calle con el paso solemne de los hombres de religión investidos de una misión sagrada y llamaron al portón.

Por la mirilla, el carcelero los miró estupefacto.

—¡Pensaba que la procesión había terminado! —comentó con voz seca—. Estáis aquí por ese maldito dominico, ¿no? Volved mañana. Se hace de noche, está cansado. Y además es inútil: a los últimos prácticamente los ha echado...

Tommaso se había preparado un argumento al respecto:

—Tenéis razón, pero nosotros somos de su misma familia, hermanos... dejadnos solo media hora...

El hombre comenzó a girar sus llaves y se oyó descorrer la barra.

—Será solo media hora —dijo apenas abierta la puerta—. Me han avisado que, al contrario de lo habitual, aún vendrán pronto a interrogarlo...

Tommaso, que ya estaba entrando, se detuvo y miró al carcelero.

—¿Lo van a interrogar? ¿Y quién? ¡Va contra el procedimiento!

El otro le dio una pista.

—¿Y qué queréis que sepa? Vendrá un cardenal, uno de los jueces. Me lo han hecho saber con un mensaje que ha llegado esta mañana. Decía que estuviese preparado, que abriera, que me asegurara de que el prisionero estuviera solo. Y yo cumplo las órdenes, ¿qué queréis que haga? En realidad, pensé cuando llamasteis que serían ellos...

Tommaso reflexionaba. Nicola lo sacudió:

—¡Vamos entonces! ¡No hay mucho tiempo!

Un guardia los escoltó por el corredor. La celda del condenado no estaba lejos. Los soldados que estaban ante la pesada puerta de madera y hierro se echaron a un lado cuando vieron aparecer dos nuevos hábitos. El guardia abrió y los frailes entraron en la semioscuridad.

Bruno estaba sentado en un catre. Tenía la cabeza apoyada en una mano y ligeramente inclinada. Delante tenía extendida una hoja de pergamino, en la que estaban escritas unas pocas líneas.

Pero la pluma estaba apoyada en el suelo. No se volvió cuando los oyó entrar. Visto así, de espaldas, tenía el aire cansado del hombre derrotado.

—¡Maestro! —dijo Tommaso. Su voz resonó firme, pero la emoción le impidió decir nada más.

Al escuchar aquella palabra, el condenado se recuperó y se volvió. Su mirada era intensa.

Nadie lo había llamado «maestro» aquel día.

Se abrazaron y se intercambiaron frases de consuelo, contentos y turbados al mismo tiempo.

No se veían desde hacía dos años.

—¿Cómo lo habéis hecho?

—No importa —dijo Tommaso—. Estamos aquí, no podemos hacer más...

Se sentaron donde pudieron y volvieron a mirarse sin saber por dónde comenzar.

Después, Nicola halló el valor de la desesperación y se atrevió a señalar rápidamente el veneno. Pero el frasco permaneció en su bolsillo. Bruno comprendió sus intenciones, pero rechazó aquella solución y le reprendió con dulzura. Ellos le dieron noticias sumarias de sus últimos movimientos, de los últimos estudios.

—¡Alquimia! —proclamó Nicola—. Una lucha continua contra la materia para que nos revele sus secretos...

—Mnemocnia, maestro —añadió Tommaso—, para dominar todos los saberes, conteniéndolos en la mente que los ordena según un único principio superior...

El condenado los escuchaba y asentía. El entusiasmo de los dos jóvenes le encogía el corazón. El pensamiento de la muerte oprimía su pecho con más fuerza.

Los discípulos vieron pintarse la angustia en el rostro de su guía.

Cambiaron de tema.

Habían seguido el proceso en cada una de sus fases, dijeron, y Tommaso comunicó la noticia que debía consolar al hombre próximo a su fin:

—Hemos salvado copias de vuestras obras cuando fueron quemadas públicamente hace tres meses ante la escalinata de San Pedro. El Santo Oficio ha dispuesto todo lo necesario para procurarse el mayor número posible de estas y hacerlas llegar también de Nápoles, Venecia y Francia. ¡Pero hemos salvado tantas que son suficientes para suministrarlas a las bibliotecas de los espíritus más abiertos de Europa!

Hablaron de otras iniciativas que pretendían emprender para difundir el pensamiento del hereje.

Bruno los escuchaba y se lo agradecía, pero sin la atención y la gratitud que esperaban. Alternaba momentos de exaltación con profundos silencios. Se concentraba; después, a ratos, se ausentaba, encerrado en sus pensamientos, en un mundo ya poblado de fantasmas.

Tommaso pensó varias veces que el hombre estaba al borde de la locura. Temía que se pusiese a gritar de un momento a otro.

Nicola callaba y miraba a aquel sabio con ojos húmedos. En un momento, tocó el frasco que le pesaba en el bolsillo y tuvo la tentación de envenenarse; tanta era la tristeza del momento.

Recordaron que no había tiempo que perder.

—Vuestros jueces vienen ahora a interrogaros —dijo Tommaso.

A oír esas palabras, el condenado se puso en pie de un salto y miró al discípulo con mirada alucinada. Este se espantó. Vio que en los ojos del hombre había una luz nueva: un relámpago de esperanza... o quizá un terror extremo, indecible:

—¿¡Vienen!?! ¿Quiénes? ¿Cuándo?

—En... una hora, creo. Uno solo. Uno de los cardenales del colegio... pensaba que lo sabíais.

Bruno se puso a caminar por la estancia.

—¡Es él! ¡Viene, viene! ¡Ha hecho como que no lo entendía! ¡Pero ahora viene...!

Grozio y Pisani se miraron. Daba pena ver la angustia que había invadido a Bruno.

—¿Hay... alguna esperanza? —preguntaron en voz baja.

El condenado se detuvo y los miró como si solo en aquel momento se hubiese acordado de que estaban en la estancia. Inesperadamente, tras un breve silencio, sonrió y dijo:

—¿Esperanza? Sí. Si supiese más...

—¿Si supieseis... qué?

Pero el hombre ya no los escuchaba. Hablaba para sí:

—Vendrá con un evangelio, ciertamente... pero no tendré tiempo de suscitar en él las dudas necesarias...

Tommaso trató de descifrar aquel misterio que lo fascinaba:

—¿Dudas... a propósito de qué?

En aquel momento, se oyó el ruido de las cerraduras y los pasos que anunciaban a los recién llegados.

Bruno se exaltó, elevó los ojos al cielo y dijo:

—¡Señor! ¡Es el momento! ¡Que venza la verdad!

«Está loco», pensó Tommaso.

Los otros llegaban. Él abrazó al condenado, lo estrechó con fuerza. Lloraba.

Devolviéndole el abrazo, Bruno le susurró al oído:

—Id, espíritus puros. Nuestras almas, un día, serán una. No me olvidéis... leed los evangelios, pero leedlos *verdaderamente*... yo no he tenido tiempo... Marcos, capítulo dos, versículo tres: es la clave...

Tommaso balbuceó:

—¿Qué... qué queréis decir?

El filósofo se liberó del abrazo y apoyó las manos en los hombros de ambos. En aquel momento, pareció recordar una última cosa. De improviso, se dirigió una vez más su maestro:

—Salvaos, huid, pero, sobre todo, continuad mis investigaciones. Sed ya más eruditos que cualquier otro, aquí en Europa, porque sabed que el origen de toda ciencia mágica está en Oriente y la puerta de Oriente es Egipto, a través del cual se alcanza la sabiduría de la India. Id allí. Buscad la verdad oscurecida desde antiguo por la mentira que hoy domina sobre Occidente...

El guardia abrió.

—Hay una última visita —dijo.

Bruno los empujó hacia fuera.

—¡Marchad, marchad! Quizá la luz esté destinada a vosotros... quizá...

Sin palabras, lo abrazaron una vez más. Salieron. Con los ojos velados por las lágrimas se vieron traspasados por una mirada penetrante. Plantado en medio del pasillo estaba el cardenal Bellarmino, el más célebre y brillante de los inquisidores de la corte romana.

—Dos jóvenes hijos de santo Domingo —dijo, mirándolos de arriba abajo para imprimirse en la mente sus rostros—. No sois de Roma, los conozco a todos. ¿De dónde venís?

Nicola tenía la mirada baja para esconder las lágrimas. Tommaso fue más frío:

—Somos de Venecia.

—¿De qué convento?

Se lo dijeron. El purpurado memorizó la información. Después continuó:

—¿Conocéis al hereje? —y, al decir esto, dio un paso adelante y clavó sus ojos en los del joven que tenía frente a

él—. ¿Tenéis alguna esperanza de llevarlo al arrepentimiento... o esperabais escuchar alguna enseñanza extrema?

En aquel momento, resonó, a sus espaldas, la voz excitada de Bruno que, por la mirilla abierta de la puerta de su celda, gritaba en el corredor a pleno pulmón:

—¿Estáis aún ahí? ¡Marchaos, siervos de la bestia! ¡Volved a la oscuridad que os ha engendrado! ¡Largo! ¡Al abismo...!

Los dos jóvenes frailes comprendieron que aquel era el mejor modo de ayudarlos a escapar de una situación embarazosa. Mientras los gritos del condenado parecían resonar en toda la cárcel, superando la confusión, Nicola consiguió responder:

—Lo encontramos en Venecia. Después oímos hablar de él. Sus errores son tan graves que la suerte de su alma siempre la hemos llevado en el corazón...

Tommaso concluyó:

—Pero su obstinación de esta tarde aún turba más... No tenemos bastante... experiencia.

Bellarmino apenas se relajó. Los miró aún largo rato, después tomó su decisión:

—Marchaos... abandonad la ciudad... y olvidad a este hombre. El caso ya es grave, no quiero que se haga necesario tomar otras medidas... ¿entendido?

Saludaron con una inclinación y se marcharon rápidamente. Cuando estuvieron al aire libre, apretaron el paso.

La noche era oscura y fría. Discutieron acerca de cómo ocultar mejor los libros de Bruno que tenían en Venecia, en un lugar secreto del convento.

Pero Tommaso seguía pensando en las palabras del maestro:

—¿Has oído? Dice que ahora nos toca a nosotros buscar...

—¿Buscar qué?

—La sabiduría de Oriente... el verdadero significado de los evangelios...

Cuando estuvieron suficientemente lejos de la cárcel, aflojaron el paso. La duda sobre el éxito del coloquio entre Bruno y su máximo acusador también los atormentaba.

—¿Podrá salvarse aún? —preguntó Nicola con un hilo de esperanza.

—En este punto, tendría que ser imposible —respondió Tommaso.

Se sentaron sobre las gradas de una iglesia, una de las mil de Roma. Decidieron que el día siguiente permanecerían en la ciudad.

Los dos jóvenes discípulos del maestro condenado no fueron los únicos que vivieron horas de tormento en una oscuridad llena de reflexiones.

Bien pasada la medianoche, Bellarmino recibió en el mismo palacio la visita del cardenal Madruzzi.

En el rostro del poderoso consejero del papa, que era considerado el teólogo más importante entre los consultores del Santo Oficio, estaba impresa la preocupación por una circunstancia extraordinaria.

Apenas estuvieron solos, Madruzzi preguntó a su huésped:

—Aún le habéis hablado, ¿no?

—¿Cómo lo sabéis?

—Dejadlo estar, no es el momento de semejantes explicaciones y vos no sois un ingenuo recién llegado a Roma. No importa cómo sé algo, lo que importa es lo que quiero saber...

—¿Entonces?

—Entonces habéis venido a ver a un hereje ya condenado, en la víspera de su ejecución, y os habéis encerrado con él

durante una hora. ¡Se trata de un comportamiento que va contra el procedimiento y quiero saber por qué lo habéis hecho!

Bellarmino ostentó una tranquilidad vetuada de melancolía:

—Una tentativa extrema de empujarlo al arrepentimiento. Es un acto de piedad cristiana que recomendamos a muchos frailes y religiosos, ¿por qué no me va a ser lícito? Por lo demás, ¿qué os puedo decir? Ha sido un coloquio inútil...

Pero Madruzzi no se dejó desmoralizar.

—Cardenal Bellarmino, hablemos claro. Esta es la segunda anomalía a la que he asistido en estos días...

El patrón de la casa se inquietó:

—¿Qué pretendéis decir?

—Me refiero a la última sesión del tribunal, la del 20 de enero, cuando el papa, vista la obstinación del acusado, ordenó la condena formal y la entrega al brazo secular para su ejecución.

—¿Y bien?

—En aquella ocasión, teníais en vuestras manos un último memorial escrito por Bruno y dirigido al papa. Lo mostrasteis abierto, pero no lo hemos leído...

—Cierto, como era justo hacer. Los cuarenta días concedidos al hereje para arrepentirse habían pasado. El texto que nos hizo traer llegó tarde a propósito, con desprecio al tribunal...

Madruzzi se adelantó y midió las palabras:

—No discuto que no se leyera entonces; en caso contrario lo habríais hecho de inmediato. Únicamente, no puedo dejar de poner en relación vuestra lectura de ese documento extremo con la extraña visita de esta noche...

Bellarmino vaciló. Madruzzi insistió:

—Aquel texto. ¿Lo habéis conservado?

El teólogo miró fijamente al poderoso visitante. Después, replicó con una pregunta:

—Es el papa quien os manda, ¿no es cierto? ¿Tanto miedo tenéis de ese hombre?

El otro no se descompuso:

—Es el hereje más sabio, refinado, hábil, mejor introducido en las cortes europeas con el que hemos tenido que vernos en los últimos veinte años. Y vos lo sabéis. No queremos que una sola gota de su veneno siga en circulación y, quizá... turbe la conciencia de un teólogo profundo y fiel... como vos.

Bellarmino reflexionaba. Había querido saciar su curiosidad, su sed de conocimiento. Ahora no habría podido afrontar las consecuencias. Pero había una consideración que le impedía sentirse atrapado: su coloquio con Bruno había sido ciertamente un fracaso, aunque no por el motivo que apenas había esbozado.

Tomó una decisión:

—Bien. Visto que venís animado de tan santa preocupación... —y se levantó, tomó un escrito de un montón de documentos que llenaban una escribanía y se lo entregó al colega que casi había dicho que dudaba de él.

—Leed: es el último memorial de ese infeliz hombre —dijo con tono decidido, casi como un desafío—. Leed y considerad de qué veneno hemos escapado.

Madruzzi tomó el pergamino, se acercó a una vela y empezó a leer.

Un minuto después, su mirada, profundamente turbada, se fijaba en los ojos del experto teólogo:

—No... no entiendo. No se había hablado nunca de estas cosas. Parece un delirio...

Bellarmino sonrió amargamente:

—¿De verdad no entendéis? —Tomó de nuevo la hoja devolviéndola a la mesa—. Tampoco yo... y quizá sea mejor así.

Mientras lo procesábamos por cuestiones relativas al cosmos, la transmigración de las almas, la omnipotencia de Dios, Bruno siempre ha dudado, ha redactado memoriales defensivos complejos y articulados, ha prometido abjurar y después se ha retractado. Y nosotros no nos dimos cuenta de que todo eran estrategias para ganar tiempo. Mucho tiempo, como sabéis. ¡Y todo para poder seguir pensando... en esto!

Madruzzi se había sentado. Estaba con las manos apoyadas en los brazos del sillón y miraba el fuego en la chimenea. La mirada fija. Bellarmino callaba, y le preguntó:

—¿Había llegado a concentrarse en este... argumento y esperaba obtener de nosotros tiempo para que lo dejásemos indagar? ¡Parece mentira!

El teólogo consultor del tribunal se plantó delante del visitante nocturno y concluyó:

—No ocurrirá. No le daremos tiempo para profundizar en esta investigación. En el fondo, esta sería la verdadera amenaza: un hombre que acaba reinterpretao nuestros santos evangelios, que consideramos canónicos desde hace mil quinientos años y, con pruebas inauditas, cambia su significado. Sería mucho más que una herejía, ¿no estáis de acuerdo?

—Sí, pero, ¿cuánto había avanzado ya en esta reflexión?

Bellarmino miró a su huésped con firmeza, impasible, y, con un tono decidido que no admitía réplica, dijo:

—Estaba apenas en los inicios, estoy seguro. —Después se acercó, atrajo hacia sus ojos la mirada del viejo purpurado y añadió—: Y esto bastará. Bastará también al papa, ¿entendéis?

El alba surgió sobre una ciudad dispuesta a excitarse.

En la plaza Campo de' Fiori, la leña para la hoguera estaba amontonada desde la tarde anterior y en aquellas horas mu-

chos habían dormido al raso para ocupar los puestos de primera fila.

Estaba todavía oscuro y los vendedores ambulantes más madrugadores ya organizaban sus mercancías a su alrededor.

—¿Qué piensas? ¿Vendrá gente? —se decían unos a otros.

A las primeras luces, bandas de ruidosos mocosos recorrían las calles. Después de la primera misa, sacerdotes seculares y religiosos se acercaban al lugar de la ejecución.

—Un hereje peligroso —explicaban a las personas que les preguntaban—. Un mago, un blasfemo.

—No lo estrangularán, ¿no? —preguntaban muchos.

—No, desde luego. Es impenitente. Arderá vivo, aunque esto no lo salvará del infierno, donde seguirá ardiendo eternamente —informaban aquellos pastores de almas—. Y, por lo demás, se le ha prestado toda la atención —insistían—, ha tenido un proceso que ha durado ocho meses. En cambio, nuestro Señor Jesucristo, que era inocente, ¡fue condenado en una noche!

Mientras la plaza se iba llenando, se formaba una larga procesión delante de la cárcel.

Grozio y Nicola Pisani asistían al desarrollo de los acontecimientos desde el mismo escondite del primer día.

—¿Quiénes son estos religiosos? —preguntó Nicola.

—Miembros de la Compañía de San Juan Decapitado. ¡Los mataría con mis propias manos! —increpó Tommaso. Después trató de calmarse. El amigo estaba turbado, pálido, tembloroso—. Lo sacan y lo acompañan en oración a la hoguera —añadió en tono más tranquilo.

Habían comprendido que todo se desarrollaba según las previsiones. Nicola admitió el fin de sus esperanzas extremas:

—Entonces... el coloquio nocturno con Bellarmino no ha servido para nada...

Tommaso miró a su amigo, después le puso una mano sobre el hombro y dijo:

—Se acabó. Estamos solos. Vamos a verlo morir.

El condenado salió, vestido con un hábito penitencial gris.

El cortejo recorrió rápidamente las vías de la ciudad, entre muchedumbres que gritaban y descargaban su desprecio y su frustración:

—¡Arde diablo!

—¡Muere sabiondo!

—¡Aquí está, el antipapa!

—Un auténtico asno. ¿Tienes miedo, eh?

Los chiquillos tiraban basura contra el hombre señalado por todos.

El hereje y su escolta en oración alcanzaron la plaza. Allí avanzaron lentamente, entre dos cordones de guardias que se esforzaban en mantener abierto el paso hasta un poste plantado en medio de un alto montón de leña.

Alineado, a los lados del patíbulo, estaba todo el tribunal que había desarrollado los interrogatorios y emitido la sentencia. Entre los cardenales, destacaba la alta figura de Bellarmino. Con el ceño fruncido, escrutaba la muchedumbre aguantando la repugnancia.

Un rincón reservado, para no mezclarse con el vulgo, albergaba algunas literas sobre las que nobles manos femeninas apartaban ligeramente las cortinillas de las ventanillas para admirar al célebre mago en el momento en el que lo desnudaban por completo. El teólogo recordó en aquel momento que la leyenda de Giordano Bruno comprendía también su fama de amante fogoso y bien dotado, capaz de satisfacer los deseos de mujeres de media Europa.

El condenado parecía aislado del mundo, murmuraba algunas palabras para sí.

Lo cogieron y lo ataron firmemente al poste. Después, le colocaron una mordaza de madera en la boca para impedirle gritar en los largos momentos de atroz agonía.

En aquel momento, Bruno pareció comprender que nunca podría haber hablado y se sacudió, como si hubiese recordado de repente el motivo por el que se encontraba allí.

Bellarmino vio a dos hombres de armas que prendían fuego a la leña en diversos puntos. Después volvió a mirar, inquieto, al célebre filósofo.

Mientras ya brillaban las primeras llamas, Bruno volvía la mirada ansiosa a una parte y a otra.

A sus pies, la plebe enloquecía.

Los rostros de los hombres y mujeres estaban descompuestos en dementes expresiones de alegría.

Después, las llamas crecieron intensas y envolvieron de improviso toda la figura del hombre atado, escondiéndolo por un instante a la vista. La multitud, imaginando su dolor, estalló en un único grito de triunfo. Hasta que un golpe de viento inclinó el fuego y el humo y los ojos del agonizante, magnéticos, atrajeron la atención de todos.

Sobre la plaza, cayó un instante de irreal silencio.

Bellarmino seguía escrutando el rostro del hereje, como a la espera de la revelación de un secreto fatal y, de repente, se dio cuenta de que el hombre había reconocido a alguien.

Un último brillo de aquellos ojos, un mensaje extremo recorrió Campo de' Fiori.

Bellarmino siguió la dirección de la mirada de Bruno y, estupefacto, reconoció entre la multitud a los dos jóvenes frailes dominicos con los que se encontrara la tarde anterior: su inmovilidad y el evidente duelo creaban un agudo con-

traste con la plebe que gritaba, que los rodeaba por todas partes.

El cardenal se volvió, tratando de atraer la atención de los guardias más cercanos. Pero era el momento culminante de la ejecución y todos, alrededor, se agitaban trastornados.

Después, el condenado, envuelto por altas lenguas de fuego, desapareció de la vista, y un estrépito de frustración se extendió entre la gente.

Se oía ahora fuerte el crepitar de las llamas, mientras se elevaba el murmullo de las incesantes oraciones elevadas al cielo por el alma del quemado vivo por numerosos religiosos presentes en la plaza.

Solo cuando disminuyó la euforia de la multitud, el teólogo logró indicar a un capitán a los dos hombres que quería fuesen detenidos de inmediato. Tommaso vio el gesto resuelto.

—¡Nicola! —gritó, sacudiendo al amigo que lloraba a su lado—: ¡Bellarmino nos está señalando! ¡Ven, ven!

Se abrieron paso entre la multitud, mientras todos comentaban el espectáculo y el olor a carne quemada que juraban sentir en el aire.

Fue la confusión lo que los salvó.

Huyeron, dispersándose por los callejones de Roma.